

**JOSE LUIS
MARTINEZ**

LA OBRA DE MARTIN LUIS GUZMAN

Aunque haya figurado inicialmente dentro de la generación del Ateneo de la Juventud y compartido con algunos de sus miembros empresas culturales, Martín Luis Guzmán (nacido en Chihuahua, Chih., en 1887) tiene pocas afinidades ideológicas con dicho grupo. Sus experiencias revolucionarias no sólo le ofrecen, como a José Vasconcelos, el tema de una parte significativa de su obra sino que aun definen el carácter de su pensamiento. Prosista dueño de un eficaz estilo, ha cultivado el ensayo, la novela y la biografía alrededor de una preocupación preponderante, la de la política mexicana. Pero antes que apartarlo esta preocupación del espíritu del Ateneo —si se piensa que lo constituyen únicamente aquellos temas exclusivamente culturales profesados por sus miembros representativos— pudiera pensarse que al practicar aquella gravedad intelectual, mucho más distintiva del grupo que los temas mismos, aplicándola a la reflexión sobre nuestra política, enriquecía el repertorio de intereses de la generación de 1910.

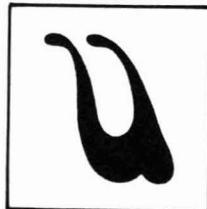
Como ensayista inicia Guzmán la publicación de su obra, con *La querrela de México* (1915), fragmento de un libro futuro, que anticipa algunas de las características de su pensamiento y de su estilo. Acaso provocado por el desencanto nacido de la Revolución —cuyos rigores estaban demasiado próximos—, un pesimismo exacerbado, respecto a la condición moral de los hombres de México, penetra estas páginas juveniles que, con serlo, revelan ya la sagaz visión política que caracterizará a su autor, no menos que las posibilidades de su pluma, precisa y animada. Su siguiente obra pertenece también al campo del ensayo. *A orillas del Hudson* (1920) agrupa una serie de trabajos de diferentes especies (poemas en prosa, crítica y política), escritos en Nueva York durante una estancia de Guzmán en el país vecino. En estas páginas, especialmente, puede advertirse la huella del Ateneo, no sólo por las dedicatorias a José Vasconcelos y a Alfonso Reyes sino aun por el tono literario y por el ambiente cultural que manifiestan. Pero si hubiera que destacar algunos de los artículos de este volumen, reclamarían la atención del lector —además de algunas agradables fantasías como la dedicada a la máquina de escribir: *Mi amiga la credulidad*— los escritos políticos allí incluidos. Como lo confirmará su obra posterior, es en esta clase de trabajos donde se mueve con más seguridad y maestría el pensamiento de Guzmán, aunque los caminos —ensayo, biografía, novela— sean diversos.

La segunda etapa, genérica y cronológica, en la obra de Martín Luis Guzmán comprende sus dos obras más famosas, *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1930) que, aunque suele llamárselas novelas, son con más propiedad novelas históricas o crónicas noveladas. La primera, *El águila y la serpiente*, inicia en México la producción de las llamadas novelas de la Revolución que promueve en cierta manera el descubrimiento de *Los de abajo* de Mariano Azuela realizado en la prensa de México por Francisco Monterde hacia 1924. Más que una novela *El águila y la serpiente*

es un relato o un grupo de relatos de las experiencias revolucionarias de su autor que, al igual que casi todas las obras de esta naturaleza, tiene mucho de alegato personal para justificar las intervenciones personales en aquel movimiento armado. Dos especies de elementos distingúense en esta obra: las descripciones de caracteres dedicadas a un buen número de personajes de la Revolución que, con ser hábiles y matizadas, abundan en demasía y vienen a ser un contrapeso excesivo para el resto de la obra, y las narraciones de episodios de la Revolución en los que Martín Luis Guzmán pone de manifiesto las virtudes de su estilo. Algunos de estos relatos pueden representar con justicia los mejores momentos de la prosa narrativa de México en su tiempo. Difícilmente podrá encontrarse páginas en las que se atraiga la atención del lector tan poderosamente como aquellas de *El águila y la serpiente* que se titulan *La fiesta de las balas*, *La carrera en las sombras* y *Una noche de Culiacán*. Hay en ellas lucidez y destreza antes que pasión; conocimiento sagaz del asunto —la capacidad de brutalidad y valor temerario del mexicano, casi siempre— antes que exploraciones intuitivas. La obra, en conjunto, al lado del interés que despierta y la admiración a que mueve, presenta un cuadro de la Revolución en el que, tras de las tintas ásperas de la violencia, se adivinan apenas los móviles generosos.

Otro tanto ocurre con *La sombra del caudillo* (1930), visión no menos tenebrosa de un episodio de postrevolucionario. En esta obra, sin embargo, hay una composición novelesca más franca. Los lectores mexicanos, o enterados de los acontecimientos políticos de México, descubrirán fácilmente en los hechos narrados sucesos acontecidos en diferentes épocas, tramados y reunidos con habilidad para aderezar un argumento bien elaborado. Aquí, tanto como en *El águila y la serpiente*, podrán encontrarse páginas memorables —por ejemplo, las que narran el secuestro y martirio del diputado opositorista o las que describen insuperablemente el procedimiento mexicano de elecciones—, sólo que no aparecen destacadas en un texto heterogéneo sino articuladas en una narración continua. Por ello *La sombra del caudillo* puede reputarse, como obra literaria, superior a *El águila y la serpiente*, en cuanto muestra una composición y una edificación más sólidas y no se deja impedir por urgencias de cronista la libertad de composición a base de materiales diversos y tanto históricos como ficticios.

Consideradas dentro del movimiento literario a que pertenecen, estas dos “novelas de la Revolución” ocupan un lugar destacado tanto en la obra literaria de su autor como en el cuadro del género. Ninguna otra novela o crónica revolucionaria les supera en estilo y en recursos narrativos y pocas pueden ofrecer cuadros de tanta fuerza y maestría como los que figuran en las novelas de Martín Luis Guzmán. No quiere esto decir que ellas sean novelas ideales de la Revolución, que en realidad no se han escrito todavía. Las limita la perspectiva personal del autor, su carencia de





enjuiciamiento moral —al lado del guerrero, político y social a que sujeta siempre sus personajes y situaciones— y la condición de sus temas que no alcanzan a ser ejemplares de un proceso excesivamente complejo y aún sujeto a rectificaciones de juicio.

Como algunas otras novelas de la Revolución, éstas de Martín Luis Guzmán han merecido una difusión considerable, existiendo traducciones suyas, totales o parciales, al francés, inglés, alemán checo y aun al holandés.

Sin perder de vista los temas y el espíritu liberal que anima su obra anterior, los siguientes libros de Martín Luis Guzmán, y los últimos que ha publicado, son dos importantes biografías de un héroe español, la primera, y de un fabuloso personaje mexicano la segunda.

Mina el mozo, héroe de Navarra (1932) es el título de una vivaz y proporcionada biografía que narra los hechos del guerrillero hasta el momento en que embarca para México donde habrá de participar con tan fugaz fortuna en la guerra de Independencia. Al finalizar el último capítulo, el autor informa de su propósito de escribir una segunda parte de su biografía que se ocupe de Mina, como héroe de México, ya que la colección en que figura su obra no le permite añadir un segundo tomo y ya que no consideró oportuno condensar su trabajo. Pero si ello puede contentar a los lectores españoles, los mexicanos lamentarán la falta de ese relato que les hubiera ofrecido una estampa admirable de las hazañas de aquel español que luchaba contra España por luchar contra las tiranías.

La figura de otro guerrillero no menos famoso, el mexicano Francisco Villa, había interesado siempre a Guzmán, como pueden mostrarlo las páginas de *El águila y la serpiente* que narran sus encuentros con el jefe de la División del Norte. Además, el hecho de haber figurado dentro del villismo, le inclinaba también a elaborar una amplia justificación de aquel personaje de quien se contaban tan encontrados hechos y que aun había merecido otros esbozos biográficos (de Rafael F. Muñoz, Teodoro Torres, Ramón Puente y Elías L. Torres, entre otros). Todo lo cual, unido al encuentro de las memorias de Villa —existentes según afirmación de Guzmán—, lo llevó a emprender una obra ambiciosa, sobre todo por las dificultades cuya superación planteóse, las *Memorias de Pancho Villa*.

Impuesta la ficción literaria y olvidada la posibilidad de que Villa escribiera su autobiografía, estas memorias aparecen suscritas, como corresponde, por Martín Luis Guzmán quien, sin embargo, formula siempre su relato como salido de los labios o de la pluma del guerrillero. Esto le propone una de las mayores dificultades literarias a que se haya avocado un escritor de nuestro tiempo: la de reconstruir un lenguaje y unas formas de pensamiento característicos tanto de los hombres del norte como de la mentalidad especial de Francisco Villa. Lo cual no es sólo el esfuerzo del novelista por crear un personaje ni el del biógrafo por interpretarlo, sino estos dos esfuerzos agregados a un voluminoso “pastiche”, cercado



por el doble peligro de naufragar en la confusión muy posible del espíritu de su personaje, si se ajusta demasiado a su verdad, o de elaborar un estilo y un pensamiento ajenos a la realidad del asunto, si agrega liberalmente galas a tan bronca humanidad.

Prescindiendo del examen de la exactitud histórica de los hechos narrados en las *Memorias de Pancho Villa* —asunto ajeno a la historia literaria—, consideraremos solamente las características formales de esta obra. Iniciada su publicación en 1938, con el primer tomo intitulado *El hombre y sus armas*, Martín Luis Guzmán hizo aparecer, en los dos años siguientes, tres volúmenes más: *Campos de batalla* (1939), *Panoramas políticos* (1939) y *La causa del pobre* (1940), subtítulos todos de las *Memorias*, aún no concluidas en estos cuatro volúmenes que narran la vida del guerrillero desde su nacimiento hasta sus desavenencias con Venustiano Carranza. Apenas es posible destacar algún episodio memorable en un texto que, habiendo encontrado su camino y sus recursos, no modifica ya más ni su tono ni su calidad literaria ni su interés. En *El hombre y sus armas* podría señalarse quizás una mayor viveza y emoción en el relato de las injusticias que violentan la adolescencia de quien se llamara Doroteo Arango y que habría de ser Pancho Villa, por obra de esas injusticias y de un temperamento irrefrenable. Pero cuando se ha iniciado el proceso de las batallas, cárceles, riñas, insidias políticas, venganzas, etc., la lectura de las *Memorias* no reserva más sorpresas. Martín Luis Guzmán forja para su memorialista guerrillero un estilo que se caracteriza por ciertos arcaísmos y peculiaridades lingüísticas empleados por el pueblo del norte de México, por una redundancia constante, por el empleo de fórmulas paralelísticas en las enumeraciones, por el uso incorrecto, gramaticalmente, de algunas locuciones, por una prosopopeya a menudo excesiva y por las muletillas que apoyan los parlamentos de Pancho Villa; y aprovecha luego, no sólo para articular los hechos de armas memorables de su héroe, sino aun para convencer al lector de su épica sencillez, de su notable intuición de la estrategia, de la rectitud de sus acciones y de la pureza socialista de los propósitos que lo llevaron a la lucha armada. Tan complejo aparato revela un arduo trabajo de creación literaria y un propósito plausible de convertir en paladín de la justicia y en sentencioso memorialista al personaje que, en la mente popular, es sólo un guerrillero brillante y afortunado; pero difícilmente interesará al lector tanto como las otras crónicas revolucionarias de Martín Luis Guzmán. La elaboración literaria, la recreación del asunto y el afán justificador exceden, en las *Memorias de Pancho Villa*, a la fuerza espontánea de la vida a que se aplican. Y si en los mejores relatos de *El águila y la serpiente* y en *La sombra del caudillo* las aptitudes narrativas y estilísticas de Martín Luis Guzmán acrecentaban cada uno de sus elementos temáticos, en las *Memorias* recargan y desfiguran las líneas de una figura, irreconocible ya ras de un peso retórico que ha perdido su eficacia.

u